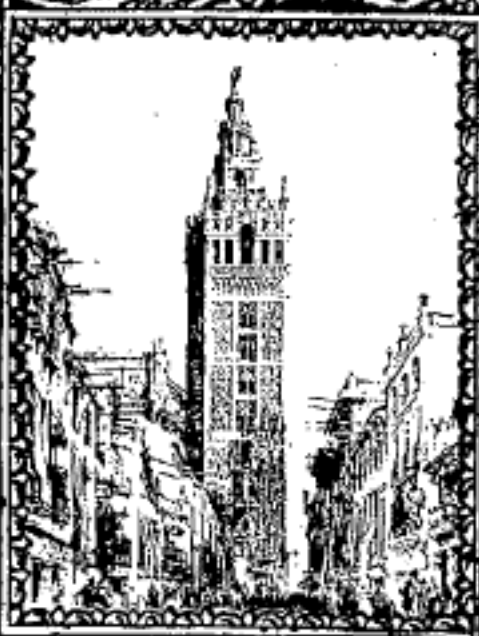


*Antigua*

*Taberna*



*Las Escobas*

Fernando de los Ríos

ROMANCE  
**Taberna**  
de  
**Las Escobas**



---

IMPRESO EN CASA DEL LIBRERO PADILLA  
SEVILLA

## FERNANDO DE LOS RÍOS Y GUZMÁN.

Joven poeta, sobrino de Doña Blanca de los Ríos. Nació en Sevilla el 31 de Mayo de 1886 y recibió las aguas bautismales en la parroquia de San Roque. También pintor y poeta., como el prócer, educado desde la infancia en la audición de buenos versos, no se extrañará que fácilmente los componga con elegante soltura. La prensa sevillana lo cuenta entre sus asiduos colaboradores, y en la *Revista Franco-Española*, *Bética*, *Andalucía*, *La Exposición* y *El Liberal*, salieron a la luz no escasos frutos de su ingenio.

En 1916 publicó en su ciudad natal un tomo de poesías, *Esbozos Líricos*, breviario en que se recogen los sentimientos más nobles del alma, las más puras expresiones del mundo exterior, cantadas con una lírica perfecta de forma y un léxico fluido y abundante.

Tenía, algún tiempo ha, inédito un sainete de costumbres andaluzas, cuyos personajes, gitanos de Triana, hablan en caló. Ignoro si ha dado ya a la escena esta humorada.

Escritas ya estas líneas, recibo otro elegante tomo de versos titulado *De Sevilla* (Sevilla 1921), que acusa en Fernando de Los Ríos visible progreso y más acentuada personalidad literaria.

M. MÉNDEZ BEJARANO, *Diccionario de Escritores, Maestros y Oradores, naturales de Sevilla y su Provincia* (Sevilla 1922, reedc. Sevilla 1989).



PUERTA DEL PERDÓN. CATEDRAL DE SEVILLA  
FRENTE A LA QUE EXISTIA UN CALLEJÓN QUE DABA  
ACCESO A LA TABERNA DE LAS ESCOBAS..



**E**res decana en Sevilla,  
Taberna de las Escobas,  
pues ya cerca de seis siglos  
con sus nieves te coronan.  
Ballena del mar del tiempo

que a coletazos azotas,  
las borrascas de los años  
en ti encuentran firme roca.  
Ves morir a la Edad Media  
y a la Moderna en aurora  
vespertina, virgen llama  
que en el nuevo mundo asoma.  
El hijo del Almirante  
en ti, quizá, libros compra  
a un mercachifle judío  
que mientras liba negocia.  
Maese Lope de Rueda,  
el magistral batihojas,  
que al batir las de su ingenio  
milagros perennes obra,

del corral de Doña Elvira  
celebrando las victorias,  
liba con el Sol del triunfo,  
mano a mano, en Las Escobas.  
Fuiste en el Siglo de Oro  
oro líquido en tus copas,  
que en oro de inspiraciones  
áureos ingenios transforman.  
Alcaicería de la seda,  
taberna de Las Escobas,  
donde escribiera Cervantes  
y cantara Lope y Góngora;  
donde Mateo Alemán,  
con su péñola creadora,  
al pícaro de Alfarache,  
tal vez, bosqueja o esboza.  
Príncipe de los ingenios  
en principado de gloria,  
Cervantes, quizá, compuso,  
debajo de Las Escobas,  
al túmulo de Felipe  
Segundo, primero en honras,

aquel soneto famoso,  
del Parnaso rica joya.  
Donde Rodríguez de Silva  
y Velázquez, tal vez, copia  
alguna figura humana  
a la que el tiempo no borra.  
Murillo, el pintor del cielo,  
quien divinizó en sus obras  
al niño y a la mujer  
que en virgen y ángel transforma,  
entró a libar un jarrillo  
cierto día en Las Escobas,  
y dice la tradición,  
bruja que todo lo embrolla,  
que maese Bartolomé,  
teniendo exhausta la bolsa,  
pintó el dinero en la mesa  
y dijo: «Ahí lo tienes, cobra».  
El Burlador de Sevilla  
burla a las vírgenes horas,  
de la Hostería del Laurel  
al palmar de Las Escobas.

Y hasta Tirso de Molina,  
para plasmarlo, se asoma  
a la célebre taberna  
donde el burlador se escorza.  
Quevedo el Mesón del Moro  
busca desde Las Escobas,  
y, hallándolo, en *El Buscón*,  
al final, lo plasma y loa.  
Quevedo escribió que un día,  
debajo de Las Escobas  
colgadas al techo, riñen  
truhanes y gente de gola.  
Mientras un chocar de espadas,  
cintarazos de tizonas,  
cual rumores del infierno  
el interior alborotan,  
ante un vaso de bon vino  
como el que Berceo elogia,  
don Francisco de Quevedo  
en esta taberna forja  
aquel gallea en esta forma:  
«Los soldados más valientes



de aquella edad enarbolan  
en las almenas del brindis  
las banderas de las copas». **E**l candil encandilado  
y el velón que vela sombras  
son, ahuyentando penumbras,  
alcahuetes de las horas,  
donde rivales terceras  
son terceras en discordia  
y a cambio de unos doblones  
cambian doncellas por coimas.  
**E**n esta bruja taberna,  
honda caja de Pandora,  
son las escobas mujeres  
y las mujeres escobas.  
**A**quí, la mosquetería,  
parlando su jerigonza,  
hace Torre de Babel  
la palma de Las Escobas.  
**S**i alguacil, que no *alguacila*  
y corchete, que no abrocha,  
el interior de este antro

con sus linternas enfocan,  
se van por donde han venido,  
haciendo la vista gorda,  
por temor de que los barran  
con las plebeyas escobas.  
Aquí, a beberse un azumbre,  
entra el Diablo en persona  
y con los cuernos engancha  
mientras con el rabo azota,  
hasta que le hacen la cruz  
y lo barren las escobas  
yéndose con viento fresco  
a los infiernos de Loja.  
Aquí, cuando canta el gallo,  
por su mal, la última copla,  
le retuercen el pescuezo  
y ya canta en pepitoria.  
Aquí, silenciosamente,  
entran el alba y la aurora  
a matar el gusanillo  
de cazalla con la gloria.  
Cuando en el nombre de Dios,

que desde la cruz perdona,  
el hombre condena al hombre  
al quemadero o la horca  
y espectáculos terribles  
aterrorizan y asombran  
al más familiarizado  
con estas extremas cosas,  
ya que el corazón del hombre  
totalmente no se embota;  
cuando a herejes y a relapsos,  
por no acatar la ortodoxia,  
llevan al auto de fe  
quienes, sin fe, no perdonan,  
y el Santo Oficio, oficiando,  
vivas quema a las personas  
y hedor a carne abrasada  
el aire puro sofoca,  
haciéndolo irrespirable  
humo que asfixia y ahoga,  
el pueblo, asilo buscando,  
se refugia en Las Escobas  
que barren humos y hedores

y deleitan con su aroma.  
Aquí, González Cuadrado  
reúne a los patriotas  
para oponerse a la fiera  
invasión napoleónica.  
Y la cigarrera, Carmen,  
del pueblo viviente copla,  
con Próspero Merimée  
cítase, con suerte próspera.  
Aquí, cojeó Lord Byron  
en taberna que no es coja  
ni manca, porque en su seno  
al que se descuida mondan.  
Byron, al que hechiza Venus  
en gaditana graciosa,  
que nació de las espumas  
de la mar, como la otra.  
El pintor Wesy vio el sol  
de Sevilla en unas copas  
que libara en la taberna  
clásica de Las Escobas.  
Y pintó la Alcaicería

mayor, con castiza brocha,  
trocando el sol de Dionysos  
en colorista rapsodia.  
Aquí, tal vez, Pierre Louys,  
en francés limpio emborrona  
a la *femme et le pantin*,  
donde su Sevilla aflora.  
Y Gustavo Adolfo Bécquer,  
por curiosidad, aborda  
y algo pide, que no liba,  
una vez, en Las Escobas.  
«Sevilla, Guadalquivir»,  
el de Rivas, quizá, entona  
en este báquico templo,  
de Jerez ante el aroma.  
Y Fernández y González  
sentíase en Las Escobas  
*Men Rodríguez de Sanabria*  
donde al rey don Pedro evoca.  
Y, al olor de la cocina,  
en su numen se remonta,  
e, inspirado, *El Cocinero*

*de su Majestad* nos dona.  
Aquí, tal vez, Cano y Cueto  
de aquella Sevilla evoca  
leyendas y tradiciones,  
de áurea caña ante el aroma.  
Y los hermanos Quintero,  
donde un solo viento sopla  
como en dos latinas velas,  
singlan mares deleitosas  
de líquido sol fragante  
en el cristal de las copas  
y rumbo a seguro puerto  
dirige el timón la proa.  
Cañaveral de cien cañas  
—no tuvo Pan tantas otras  
cuando se trocó siringa  
en flauta, a la que el Dios toca—  
descolgaron los castizos  
para sus *juergas* famosas,  
que alguna vez acabaron  
la navaja o la pistola.  
Pálido de madrugadas,

a la madrugada asoma  
nocherniego arrepentido  
de vivir la noche en broma  
y se va de la taberna  
al rosario de la aurora,  
donde los disciplinantes  
la desnuda espalda azotan  
hasta que del pecador  
la impura sangre borbota,  
como los viera en Sevilla,  
antes de pintarlos, Goya,  
que, sin duda, bebió «un vaso  
de bon vino en Las Escobas»,  
pues era en aquellos tiempos  
taberna que estaba en boga  
y siempre a propios y a extraños  
con su hechizo sugestionaria.  
Quinientos sesentitrés  
años tienen Las Escobas,  
que han barrido hacia la nada  
como a cenizas y a escorias.  
Pero tú sigues en pie,

no como rígida momia,  
sino como ser viviente  
que nos cuenta sus memorias.  
Viste alzar la Catedral,  
pétreo vuelo hacia la gloria,  
y terminar la Giralda,  
que Fernán Ruiz corona.  
Cuando, por primera vez,  
esta torre sus palomas  
de bronce lanza al espacio,  
cual ser vivo, te impresionas.  
Al costado de este templo,  
viste levantar la Lonja,  
de Juan de Herrera, Escorial  
do el Guadarrama no sopla.  
Sufriste el gran terremoto,  
que el Triunfo de piedra evoca,  
la única vez que sin vino  
bailaste con tu escobas.  
Y ni temblores de tierra  
ni edad tu vida aminoran  
y la solera del tiempo



te bebes en áurea copa.  
Alcaicería de la Seda,  
como seda, en Las Escobas  
entran, por ti, las tapadas  
a destaparse, cual sombras.  
Después, por el callejón,  
salen a otra calle, solas,  
que las casas con dos puertas  
malas de guardar son todas.  
En las pascuas del diablo,  
los reservados rebosan  
de máscaras femeninas  
que por oro cambian honra.  
Un río de sangre y Baco  
de su cauce se desborda  
inundando la taberna  
de luz dorada y aromas.  
Esta célebre taberna  
tenía sus marcas propias:  
manzanilla Los Quintero,  
solera de Las Escobas,  
pero al correr de los años .

las viejas madres se agotan.  
El señor Manuel Domínguez,  
cual taurino rey de copas  
de la baraja de Baco,  
de la vida hace una estrofa,  
soñando toros miureños  
en el ruedo de una copa.  
En la Semana Mayor  
son mayores tus escobas  
para barrer hacia dentro  
dinero que fuera sobra.  
Y la feria de Sevilla  
hasta ellas se prolonga  
y del bordado mantón  
envuélvelas en la flora.  
Taberna, en ti los Machado,  
que son de Sevilla glorias,  
con el néctar de los Dioses  
en dos mitos se transforman.  
Y Jacinto Benavente  
también, taberna te aborda,  
en esta *Ciudad alegre*

*y confiada*, que encomia.  
Ya sin escobas al techo,  
alcanzamos Las Escobas,  
con cañeras de cien cañas  
en sustitución donosa  
—como los chorros del oro—  
que el techo con metal doran.  
Descolgaban las cañeras  
cien veces, una tras otra,  
y en sus cañas cristalinas,  
que en líquido Sol rebosan,  
Sanlúcar de Barrameda  
brindaba sabor y aroma.  
Los *cantaores* flamencos  
en el *cante jondo* ahondan  
y lloran por soleares  
la pena negra que ahoga.  
El *tocao* a la sonata  
acaricia, como a novia  
que suspira con pasión  
y del *cante* se enamora.  
Almas de un cartel de toros

que el Sol y albero pregona,  
p e p e *Illo* y Costillares  
cómodos mitos se esbozan.  
A lo alto de las mesas  
alzan a las *bailaoras*  
en las que sal de la gracia  
del mar del baile rebosa.  
Al corazón de la noche  
el sentimiento emociona,  
cual si fuese el de una hembra  
que del arte se enamora.  
Ya no eres, taberna bruja,  
ni la sombra de tu sombra,  
pero vibra en tu alma el eco  
de las épocas remotas.  
Yo conocí a Federico,  
el dueño de Las Escobas;  
no era Federico el Grande  
de Prusia, ni era su sombra,  
pero era Federico  
Primero de Las Escobas.  
Don José Rico Cejudo,

que fue el cantar en persona,  
*y ni cejudo ni rico,*  
convirtió la vida en copla,  
so pretexto sin pretexto,  
pretextando alguna cosa,  
agasajando a Segura,  
nos aseguró cien copas,  
con cien tapas nutritivas  
cuya variación asombra.  
Íbamos cual conjurados  
que en sendas capas se embozan,  
atravesando la noche  
como sombras en la sombra.  
Entramos en la embrujada  
taberna de Las Escobas,  
descolgaron las cien cañas,  
¡Vive Dios, y allí fue Troya!  
¡Taberna arcaica y vetusta,  
viviente girón de historia,  
clepsidra, guadaña y muerte  
barriste con tus escobas!

Edición especial para la  
**IIª FERIA DE LA TAPA SEVILLANA**

celebrada en el  
Palacio de Congresos y Exposiciones  
durante los días  
6, 7, 8 y 9 de noviembre de 1997.

---

RESTAURANTE

**Las Escobas**

c/Álvarez Quintero nº 62

Teléf. 4219408

41004 Sevilla

La antigua Taberna de Las Escobas, hoy restaurante, está regentado desde 1978 por el matrimonio formado por Víctor Soriano Luque y Helena Valenzuela Molina, sevillanos de nacimiento, quienes, para seguir manteniendo viva la tradición, hubieron de remozar este establecimiento hostelero, con todo el cariño y dedicación, sabiendo que tenían en sus manos un testimonio vivo de la historia sevillana. Sus tres hijos, llegados a la profesión después de formarse en centros oficiales de hostelería, y emulando a su abuelo Baltasar, antiguo maestro de la cocina sevillana, aseguran la continuidad de Las Escobas, dándole cada día mayor protagonismo a la creación de nuevos platos con recetas que arrancan de los viejos fogones sevillanos.

TABERNA  
**Las Escobas**



del 1386